

**El Comité Invisible (2007). *La insurrección que viene*. Edición en castellano, 2009.
Editorial Melusina**

Nadal Perales Oliver¹

En momentos en los que a una persistente crisis socioeconómica cabe añadir tensiones medioambientales sin precedentes, la necesidad de diagnósticos más precisos sobre el terreno en el que gravitan los diferentes focos de conflicto en la actualidad se hace casi apremiante. El análisis de lógicas globales se ha vuelto insuficiente en una época en la que el binomio global-local (que Ulrich Beck ha acertado en llamar lo *glocal*) nos obliga a considerar un abanico mucho más amplio de variables para capturar la fotografía de un contexto en

¹ Grado de Sociología. Universitat de Barcelona. nadalius8@hotmail.com



cuestión. A lo largo del siglo XX, muchas fueron las voces —siempre desde la academia— que denunciaron el carácter mecanicista y simplificador de buena parte de la teoría revolucionaria desarrollada hasta entonces, aportando tanto nuevas perspectivas como nuevas razones que justifiquen la prosecución de una transformación incipiente. Desde la izquierda, algunos grupos se han servido de estos nuevos enfoques para trazar una estrategia innovadora que no capitule ante las formas tradicionales de hacer política, parece que sin éxito. Para muchas empieza a ser hora de que la calle de un paso adelante, y desde su posición como instrumento de agresividad política usurpe también el monopolio del pensamiento a la academia.

Esta es la tarea que desde 2007 se ha encomendado *El Comité Invisible* a través de distintas publicaciones, no sin antes sortear cierta persecución y censura. *El Comité Invisible* se presenta como <<una tendencia de subversión presente...>>. Es el nombre con el que una constelación difusa de redes y personas se identifica para nombrar una determinada posición política propia de la época, el nombre de una organización que va más allá (o quizá más acá) de la forma en que tradicionalmente se han organizado tanto movimientos sociales como organizaciones políticas y donde la espontaneidad, la ausencia de diseño, es la única manera para conservar la iniciativa frente a los otros: <<Las organizaciones son un obstáculo para las organizaciones>> El Comité Invisible nace del colectivo y revista *Tiqqun*, que entre 1999 y 2001 publicó dos números. *Tiqqun* designa asimismo un concepto filosófico con el que sus autores pretendían



denotar <<el lugar del espíritu del cual provienen los escritos>>. *La insurrección que viene*, así como *A nuestros amigos* o *Ahora* son obras colectivas violentamente filosóficas que ayudan a pensar el mapa del poder occidental y a desalojar a las distintas ideologías que tratan de gestionar esta nueva coyuntura. Las aspiraciones, pues, no son únicamente destructivas, sino también afirmativas a través de acciones y tácticas que han conseguido labrarles un nombre “privilegiado” entre las distintas instancias policiales que las persiguen. La edición de Melusina dice así: <<Recientemente, varias personas fueron detenidas en Francia por el mero hecho de tener un ejemplar de este libro en su casa. Y lo más inaudito es que se les aplicó, en el país de los derechos del hombre y del ciudadano, la ley antiterrorista...>>

Ya en su inicio, es un libro ambicioso y optimista con respecto a la inminencia de una guerra abierta, de una situación insurreccional tras la cual se esconde un futuro que tendrá que construirse sobre las ruinas; un optimismo auspiciado (siempre con acento crítico) por la sucesión de todas aquellas insurrecciones en la que están o han estado inmersos: los disturbios de 2005 y las protestas estudiantiles y huelgas de 2006 y 2007 en Francia (lugar en el que se sitúa a alguno de sus autores), el conflicto de maestros de Oaxaca en 2006 o la oleada de autogestión y autoorganización que sacudió Nueva Orleans después del Huracán Katrina son ejemplos de cómo una gestión incondicional y radicalmente horizontal puede hacer frente a las inercias que carburan el actual orden de las cosas. La primera parte



del libro se divide en siete círculos que radiografían la alienación actual. La segunda, por su parte, viene a ser una prescripción para afrontar la insurrección que viene.

El Comité Invisible entiende la política como un proceso comunicacional, como un discurso donde <<las palabras son verdad que no necesita ser probada>>. Por ello la guerra, antes que en cualquier otro lugar, se halla en el terreno del lenguaje, donde el Imperio impone el ritmo al que se suceden y procesan los acontecimientos: <<Cuando hablamos de Imperio, designamos los dispositivos de poder que preventivamente, quirúrgicamente, retienen todos los devenires revolucionarios de una situación>>. En este sentido es en el que el Imperio unifica a aquellos que se oponen frontalmente al mismo: a partir del odio hacia la sociedad existente y ya no a partir de la pertenencia a una determinada clase, raza o barrio. La ideología ya no sirve y es por esta aniquilación de los relatos tradicionales que es complicado para muchas personas vislumbrar un futuro con porvenir.

El primer círculo, *I am what I am*, utiliza el slogan de una campaña publicitaria de Reebok para revelar como estos “metarrelatos” han sido sustituidos por el encumbramiento del individuo, por la inagotable presión para reconfigurar nuestra identidad como una forma de dominación velada y efectuada desde ciertas instancias, como, por ejemplo, a través del consumo ostentoso. Esta santificación del yo se explica también como consecuencia de la imposición de la ciudadanía como forma de disolver otro tipo de



solidaridades, lo que tiene como resultado la desaparición de la sociedad: sólo existe la red, un conjunto de relaciones que conectan islas solitarias. En este mismo segundo círculo, *La diversión es una necesidad vital*, la forma en la que se entablan las relaciones con los demás (fugaz, forzada) se entiende como una razón más de nuestra descomposición. Toda descomposición, no obstante, debe ser vista como una oportunidad de ajuste y como condición para una nueva experimentación, tal y como ocurre en esta nueva era de la digitalización y robotización con el trabajo.

En este contexto, <<el modelo de ciudadanía que viene es el minusválido>>, puesto que todas las relaciones que suceden en su seno tienen el objetivo de remendar tal descomposición, de situar al individuo en un espacio de incertidumbre y carencia irresolutas. “El problema del empleo” o “la batalla contra el paro” son expresiones que reflejan los intentos de recomposición terapéutica, así como el tratamiento del trabajo como necesidad política de crear nuevos consumidores y productores que, a su vez, salven al trabajo. La sacralización del trabajo y el honor de haber sido contratado son vistos como una ficción, una entelequia que asegura la estabilidad política a través de la fabricación de individuos expuestos a las exigencias de producirse a uno mismo. Al contrario que antaño, cuando las condiciones eran para ciertos sectores demasiado pesadas como para sentirse atraídos por el trabajo, en esta sociedad post-disciplinada el trabajo es una forma de arraigo. El trabajo otorga identidad, <<trabajar por lo que se es y no por lo que se hace>> es la



nueva regla. Ello, de nuevo, abre otra posibilidad, esta vez para pasar inadvertidos en el etiquetaje social: <<Somos una generación que ya no es precaria, ya que ello significa definirnos en virtud del trabajo o de su descomposición>>. Esta nueva generación ya no se moviliza para el trabajo, se moviliza y organiza más allá y en contra del trabajo. Parafraseando a Lessing, *El Comité Invisible* llama a ser disciplinados solo para materializar esta desmovilización: <<Seamos perezosos en todo, menos en ser perezosos>>.

El modelo urbano que sirve de escenario para toda esta función ya no es la ciudad, la dicotomía ciudad-campo que ayudaba a delimitar espacios ha sido sustituida por la metrópolis. La metrópolis es escaparate, puesta en escena para el turismo y el consumo ostentoso, siempre custodiada y reconfigurada a partir de intervenciones militares y policiales con las que se retroalimenta el binomio seguridad-vigilancia, mucho más acentuado 10 años después de la publicación de esta obra. Los medios de comunicación y de transporte son los ejes sobre los que gira este espacio y que se conjuran para su (des)posesión. Que la metrópolis se encuentre atravesada por esta infinidad de líneas eléctricas, fibras ópticas, autopistas y demás demostraciones de la perfección técnica es lo que la hace vulnerable, tal y como se cuenta que ocurrió en Iraq gracias a los teléfonos móviles y a los puntos de acceso a Internet que con su invasión trajeron los norteamericanos. Gracias a su estructura en forma de red, la intercepción de un camino intermedio puede ser mortal para su



organismo. Ponerse en marcha es, al fin y al cabo, verlo todo como un nicho de mercado para la subversión.

Ya en el quinto círculo (<<Menos bienes y más relaciones>>), el libro arremete contra la economía misma y contra las denuncias *soft* del actual modelo de crecimiento. El Capitalismo Verde o la idea misma de *decrecimiento* olvidan deliberadamente que la economía, ante todo, es política; no es que la economía esté en crisis, ella misma es la crisis. En este sentido, “avanzar hacia una economía sana” no deja de ser un eufemismo que trata de justificar el orden actual de las cosas e impregnar de tinta económica todos los aspectos de la vida. El medioambiente es considerado aquí como otro desafío industrial más, un nuevo reajuste que valide la consigna del *gatopardismo*: cambiarlo todo para que nada cambie. <<No hay catástrofe medioambiental. Hay una catástrofe que es el medioambiente>>. La consideración de esta catástrofe como problema global nos sume en un estado de alerta que debe ser gestionada, lo que implica que será un problema que solo puede ser solucionado por aquellos que están organizados globalmente. La ecología como problema mundial es la nueva moral del capital, quien amparada en la salud tanto del planeta como de las personas desemboca en un <<todo está permitido si es por el bien de todos>>. Incluso reconstruir el mundo de forma rentable.

Todo ello dibuja, como el título del último círculo indica (<<Aquí se está construyendo un espacio civilizado>>), los contornos de un “espacio civilizado” en cuyo nombre se practicó la primera carnicería mundial de 1914 a 1918, de la misma forma que sucede en la actual



“guerra contra el terrorismo”. Esta civilización, sobre todo en Francia, es inseparable del nacimiento de los Estados-nación. Un Estado es fuerte y antiguo cuando está conformado, más que por una superestructura, por una miríada de subjetividades despobladas y castradas de los individuos que las habitan, cuando la política pasa a formar parte de uno mismo y a ser indisoluble de la propia identidad. No obstante, la idea de Estado-nación como civilización ha tenido que sacrificarse <<como entidad particularmente occidental para imponerse como cultura universal>>. Para este colectivo no existe ningún “choque de civilizaciones”, tan solo una civilización <<en estado de muerte clínica>> que ha tenido que ceder como contenido para sobrevivir. Aunque asistamos a una revitalización de valores sólidos (en contraposición a la acepción que Bauman aportó al término *líquido*) como el nacionalismo, ya no se cree ciegamente en los valores occidentales que tradicionalmente se habían exportado como “modelo de civilización”: el imperialismo occidental, hoy día, se basa en el relativismo, en la defensa de “tu punto de vista” como igualmente válido al mío. Esta nueva situación crea una realidad fluida y distorsionada, no exenta de críticas y denuncias que apuntan a la sociedad con el objetivo de salvar a la civilización. Ahora, <<el dogmatismo del cuestionamiento>> que domina buena parte de la filosofía contemporánea y la denuncia acérrima de cualquier afirmación que no tiemble actúan como máscara de oxígeno de una civilización que se marcha.



Por todas estas razones toca ponerse en marcha, encontrarse con los demás, aprovechar las oportunidades catastróficas para tejer redes consistentes (como bien quedó demostrado en Nueva Orleans y en otros tantos lugares) para ir más allá de las formas tradicionales de organización. La propuesta del Comité Invisible es, aquí, poco innovadora: constituirse en comunas, <<la unidad elemental de la realidad insurreccional>>, gracias a su tendencia a la autosubsistencia. Organizarse en comunas, basadas en la afinidad y un reparto intenso, para vivir colectivamente de la estafa, del saqueo, del pillaje, en definitiva. Llama también a difundir la disposición al fraude para de esta manera liberar el mayor tiempo posible para todos:<<Trabajar es la excepción>> y el método de sabotaje debe basarse en el <<mínimo de riesgo, tiempo mínimo y máximos daños>>. Para ello cabe formarse, enriquecerse, rehuir de la visibilidad a la que empujan las redes sociales y las nuevas tecnologías <<compartiendo la alegría de no ser nadie>>, pero también trazando vías propias de comunicación en un escenario donde compiten otras tantas narrativas (como <<la burocracia intelectual y sindical de la izquierda>>) que pretenden obstaculizar el camino. El camino se construye con decisiones, las cuales se toman una vez se ha alcanzado la verdad. Para muchos, decidir y votar <<joderlo todo>> puede no alejarse de una forma de infantilismo “izquierdista”, aunque pueda compartirse que bloquear y cortar la circulación de una metrópolis significa algo más que “joder” la producción. Significa que <<el poder es la propia organización>> de sujetos que desconfían de la



irreversibilidad y la violencia de las insurrecciones. <<Solo políticamente puede vencerse al ejército>>, reza el escrito en sus últimas páginas para poner de manifiesto, no por agotamiento, que ya se han derrumbado aquellos palacios de invierno que contribuyen a deponer localmente a las autoridades.

La insurrección que viene es, en definitiva, una provocación ajustada a los nuevos tiempos, un golpe sobre la mesa que pretende no solo ser escuchado, sino que se tenga en cuenta que se acerca una ira catalizada y canalizada, que rabia y política volverán a encontrarse, esta vez de forma irreversible: <<La irreversibilidad de una insurrección se alcanza cuando se ha vencido, al mismo tiempo que a las autoridades, a la necesidad de autoridad; al mismo tiempo que a la propiedad, al afán de apropiación (...)>>. Al fin y al cabo, es una obra imprescindible para comprender que encorsetarse con esquemas y fórmulas obsoletas de diagnóstico y oposición a la sociedad es alargarle la vida a la civilización.

